

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1651-1695)

EL MÁRTIR DEL SACRAMENTO, SAN HERMENEGILDO
Auto historial-alegórico

INTERLOCUTORES:

SAN HERMENEGILDO

LEOVIGILDO

Padre de San Hermenegildo

RECAREDO

Hermano de San Hermenegildo

GESERICO

Embajador

INGUNDA

Mujer de San Hermenegildo

LA APOSTASÍA

MÚSICOS

SAN LEANDRO

LA FE

LA MISERICORDIA

LA JUSTICIA

LA VERDAD

LA PAZ

ESPAÑA

LA FAMA

SOLDADOS

LA FANTASÍA

ACOMPAÑAMIENTO

MUESTRA DE LOS REYES GODOS

Ábrese el primer carro, y aparece la FE en un trono.

CUADRO PRIMERO

ESCENA I

FE

¡Ah, de las claras Antorchas
que, en el cristalino Alcázar,
de su flamante armonía
sois lucidas consonancias!
¡Ah, de las eternas Luces,
que opuestamente hermanadas,
de oposiciones conformes
sois pacífica batalla!
¡Ah, no de los Astros digo
que en la cerúlea campaña
con ejércitos de estrellas
formáis lucidas escuadras;
sino de las más formales
Luces, de aquellas más claras
Inteligentes Estrellas
que el Eterno Solio esmaltan!
¡Ah del hermoso escuadrón
de las Virtudes que, varias,
es cuando estáis más amigas
cuando parecéis contrarias!

(Canta:)

¡Venid, venid, pues la Fe es quien os llama,
para hacer experiencia de quien resalta
en un pecho en que todas tenéis morada!
¡Venid, venid, Virtudes!

(Dentro:)

¿A cuáles llamas?

FE

A aquellas que parece que son contrarias;
y así, la Verdad venga para apurarla.

ESCENA II

(Aparecen, en el segundo carro, la VERDAD con un espejo, la MISERICORDIA con un ramo de oliva, la PAZ con una bandera blanca, la JUSTICIA con un peso [o sea, unas balanzas] y una espada; cada una, en una nube.)

VERDAD

Ya viene, pues de ti nunca se aparta.

FE

Pues la Misericordia siga tus plantas.

MISERICORDIA

Sí sigo, con intento de mitigarla.

FE

Sígala la Justicia, con recta espada.

JUSTICIA

Sí haré, pues contrapeso la otra balanza.

FE

Pues pacíficas señas la Paz nos traiga.

PAZ

Sí traeré, pues mi empleo solo es lograrla.

TODAS

Y supuesto que todas fuimos llamadas
y ya todas venimos, di: ¿qué nos mandas?

FE

Escuchadme y lo sabréis.
Y antes de decir la causa,
ya sabéis que soy la Fe,
aquella primera basa
que el Artífice Divino,
en la delineada planta
del Militante Edificio
que hizo para Su morada,
puso en el primer cimiento
porque tuviese constancia,
pues sobre mí de Virtudes
la fábrica toda carga
de tal modo, que cayera

si yo no la sustentara.
Con decir que soy cimiento,
he dicho que la más baja
soy de todas las Virtudes,
pero la más necesaria.
Baja, dije, no porqué
menos que las otras valga,
sino por ser la primera
sobre quien todas descansan.
Yo no dependo de alguna,
pues si ellas no me acompañan,
me soy yo Virtud sin todas,
y todas sin mí son nada.
La demostración lo diga
de la Iglesia, cuando clama
por sus moribundos hijos,
en las postrimeras ansias;
pues viendo que faltan actos
de Caridad y Esperanza,
representa los de Fe,
alegando su constancia.
Llámanme ciega Virtud,
no porque vista me falta,
sino antes porque la mía
tiene tanta perspicacia,
que es ceguera la del cuerpo
respecto de la del alma;
o porque la vista en mí
es tan inútil alhaja,
que no creo lo que veo,
sino aquello que me mandan.
Y aunque en todos los Misterios
de Fe, esta regla se guarda,
de que adelante la Fe
lo que la vista no alcanza,
en ninguno tanto como
en aquella soberana
Mesa, en que Su Sangre y Carne
nos da Cristo por vianda.
Pues en otros, solamente
se halla la vista turbada
para ver todo el Misterio,
mas ve la parte que basta
a comprender el sentido
que luego la Fe adelanta:
pues si ve a Cristo, ve sola

la Naturaleza Humana
en Él , y aunque la Divina
no alcanza a ver, no se engaña
en lo que ve, pues es cierto
que es Cuerpo el que a ver alcanza;
si el Vientre mira a María,
aunque no sabe la causa
ni el Misterio, ve un preñado,
y es verdad que está preñada.
Conque en todos los Misterios
la vista es torpe y escasa,
pero alcanza alguna parte,
y obra de la Fe ayudada;
pero en Aquéste, no sólo
no ve del Misterio nada,
pero lo contrario ve,
pues ve pan y está obligada
a creer que allí no hay pan
sino Cristo, a cuya causa
éste se llama *Misterio
de Fe* por antonomasia.
Y quedando esto asentado
para que a su tiempo salga,
pues no es más que hacer reclamo
de dar por cosa asentada
que es quien triunfa el Sacramento
cuando es la Fe quien batalla,
oíd ahora el intento
para que mi voz os llama.
Vosotras sois solamente
Virtudes Morales, hasta
que yo, que soy Fe, os elevo
a ser Virtudes Cristianas
que, poniendo a Dios por fin,
os hacéis dignas de gracia.
Pero aun en aqueste estado
tenéis divisas tan varias,
que es menester gran prudencia
para saber colocarlas.
Pues aquel que os ejercita,
como ve que sois contrarias,
piensa, si a la Paz se inclina,
que a la Justicia hace falta;
si a Misericordia, teme
que a la Verdad desampara;
y ésta de los justos es

la más sangrienta batalla,
pues al cumplir un precepto,
piensan que el otro quebrantan,
pues parece que la Ley
es de sí misma contraria.
Y éste, aunque duro ejercicio,
encierra utilidad tanta,
que, en lo que temen, merecen
aun más que en lo que trabajan;
hasta que en el fin dichoso,
donde es ya todo bonanza,
Verdad y Misericordia
(como el Real Profeta canta)
se encuentran para hermanarse,
y Justicia y Paz se abrazan.
Esto supuesto, yo os mando
que ejercitéis la constancia
de Hermenegildo, mostrando
las apariencias contrarias,
para ver cómo os conforma
su disposición, y para
que él, con el vario ejercicio,
vaya duplicando palmas.
Él, en aquel pabellón,
al sueño el tributo paga.
Quedad con él; que yo voy
a esperar cual más ufana
vuelve, de que en su ejercicio
sea quien más sobresalga.
Que yo, que estoy en su pecho,
afuera no le hago falta.

JUSTICIA

Vete, en buena hora; que yo,
Verdad, si tú me acompañas,
pienso ser la vencedora.

MISERICORDIA

Paz, si de mí no te apartas,
yo me llevaré el laurel.

PAZ

Pues la contienda no pasa
a enemistad, sino sólo
a ver cuál más se aventaja
en su ejercicio, ya veis

el pabellón de campaña.
Empecemos a excitar
en su sueño nuestra instancia.

JUSTICIA
¿Y cómo ha de ser?

MISERICORDIA
Cantando,
pues siempre, si lo reparas,
las de las Virtudes son
las mejores consonancias.

PAZ
¡Pues a intentar,

JUSTICIA
a emprender

MISERICORDIA
Cada cual llevar la palma!

ESCENA III

*(Ábrese el tercer carro y aparece una tienda de campaña,
y en ella HERMENEGILDO dormido; y cantan las VIRTUDES.)*

MISERICORDIA
Honrar, Hermenegildo,
a los padres, Dios manda,
dando a la Natural
mayor autoridad Su Ley Sagrada.
¡Pausa, pausa!
¡Deja el estruendo! ¡Cesen las armas!

VERDAD
El mismo Dios te dice
que a poner vino espada
entre el padre y el hijo,
cuando la división es por Su causa.
¡Marcha, marcha!
¡Deja el sosiego! ¡Toma las armas!

PAZ
Su paz le dejó al mundo

por la prenda más cara.
Tú, si obligarle quieres,
no desprecies la cosa que más ama.
¡Pausa, pausa!
¡Deja el estruendo! ¡Cesen las armas!

JUSTICIA

Si los pies o los ojos
escándalo te causan
(dice), córtate el pie
y sácate los ojos de la cara.
¡Marcha, marcha!
¡Deja el sosiego! ¡Toma las armas!

(Despierta el Rey HERMENEGILDO.)

HERMENEGILDO

La gravedad del cuidado
que me oprime, y las contrarias
imaginaciones que
mis discursos embarazan,
son tales, que aun en el sueño
no dan treguas a mi vaga
confusa imaginación.
Y es que, impresas en el alma
(aunque falten los sentidos),
las especies que guardadas
tiene mi imaginativa,
mientras el cuerpo descansa,
se representan tan vivas,
que lo que es sólo fantasma
finge tanta corpulencia,
que aun ya despierto, jurara
que oigo a la Misericordia
que me dice:

MISERICORDIA

¡Pausa, pausa!
¡Deja el estruendo! ¡Cesen las armas!

HERMENEGILDO

Y luego (¡oh, válgame el Cielo,
con qué de dudas batalla
mi afligido corazón!),
la Verdad de la Cristiana
Religión, que yo profeso,

a su defensa me llama
y amparo de los Cristianos,
que de la Secta Arriana
tan acosados se miran,
que sólo en mí la esperanza
tienen de que los defienda.
Y esta Verdad, fuerza tanta
tiene acá dentro del pecho,
que (como si voces claras
articulara) parece
que me dice:

VERDAD

¡Marcha, marcha!
!Deja el sosiego! ¡Toma las armas!

HERMENEGILDO

Por otra parte, el amor
de mi Padre, de sus canas
el respeto, la lealtad
de mi Rey, y de mi Patria
los destrozos, que de una
guerra civil la amenazan,
mi resolución impiden
y mi designio embarazan,
inclinándome al partido
de la Paz que se me trata
por la parte de mi Padre,
diciéndome:

PAZ

¡Pausa, pausa!
¡Deja el estruendo! ¡Cesen las armas!

HERMENEGILDO

¡Bien! Pero si yo desisto
de la guerra ya empezada,
y de mi indignado Padre
me reconcilio a la gracia,
¿no es preciso que esté siempre
mal seguro, al ver con cuánta
resolución, en defensa
de mi Ley tomé las armas,
y que, para asegurarse,
querrá con poder o maña
desflaquecerme las fuerzas,

privándome de las plazas
y presidios que poseo,
reduciéndome a privada
vida, o cuando mucho, sólo
a vivir de la esperanza
de sucederle en el Cetro?
Y esto, ¡oh cuán poco importara,
si me importara a mí solo:
que mi obediencia, postrada
se redujera a su gusto
sin ninguna repugnancia!
Pero siendo él Arriano
y yo Católico, y tanta
la multitud que me sigue,
¿será bien desampararla,
dejando expuesto el Rebaño
a la sangrienta matanza
del Lobo, que el voraz diente
tiña en inocente grana?
¿Será esto Justicia? No;
porque la Justicia manda
amparar al desvalido,
diciéndome:

JUSTICIA

¡Marcha, marcha!
¡Deja el sosiego! ¡Toma las armas!

HERMENEGILDO

¡Ya, ya las tomo!... Mas ¡ay!,
¿qué interiores consonancias
de diferentes Virtudes,
en dos mitades el alma
me dividen, y acá en mí
una guerra civil traban,
sin saber cuál obedezca?
Pues cuando piadosa y blanda
oigo a la Misericordia
que me dice:

MISERICORDIA

!Pausa, pausa!
¡Deja el estruendo! ¡Cesen las armas!

HERMENEGILDO

Luego la Verdad se opone,

diciéndome:

VERDAD

¡Marcha, marcha!

HERMENEGILDO

Y si a ésta me inclino, luego,
tremolando señas blancas
la Paz se me representa,
y oigo decir:

PAZ

¡Pausa, pausa!

HERMENEGILDO

Y para hacer contrapeso,
la Justicia, con la espada
blandida, a la Paz se opone,
diciéndome:

JUSTICIA

¡Marcha, marcha!

¡Deja el sosiego! ¡Toma las armas!

HERMENEGILDO

¿Cielos: qué haré?

MISERICORDIA

!Pausa!

VERDAD

¡Marcha!

PAZ

¡Deja el estruendo!

JUSTICIA

¡Deja el sosiego!

MISERICORDIA

¡Cesen las armas!

VERDAD

¡Toma las armas!

HERMENEGILDO

¿Qué es esto, ínclitas Virtudes?
Si un vínculo, el que os enlaza,
es de Caridad, ¿en mí
cómo parecéis contrarias?
Si os ayudáis unas a otras,
¿cómo ahora en mí batallan
Virtudes contra Virtudes?
Mas, sin duda, es mi ignorancia
quien a conciliar no acierta
los primores que os engarzan;
pues en el círculo hermoso
de la Divina Guirnalda,
lo que oposición parece
es lo que más os hermana;
mas en mí la discreción
para componeros falta,
dándoos debido lugar.
Mas valdréme de la sabia
prudencia del gran Leandro,
mi tío, a cuyas instancias
y virtudes he debido
el segundo ser del alma.

ESCENA IV

(Sale un PAJE, y encúbrense las Virtudes.)

PAJE

Señor, un Embajador
de tu Padre pide entrada.

HERMENEGILDO

Decidle que entre. (¡Ay de mí,
que en dos iguales balanzas:
mi Padre y mi Religión,
no sé a cuál más peso traiga!)

(Entra GESERICO, Embajador.)

GESERICO

Después de besar tus pies,
del Rey tu Padre esta carta
te entrego, Señor.

HERMENEGILDO

Veré
lo que contiene.

GESERICO

No es larga,
pues en todo se remite
el Rey a mi confianza.

HERMENEGILDO

De creencia es, solamente;
y así, decid lo que trata
el Rey mi Padre y Señor:
que en todo lo que no vaya
contra la Fe que profeso,
siempre me hallará a sus plantas.

GESERICO

Pues no te canse, Señor,
si te pusiere delante
las altas obligaciones
de tu Regia, clara Sangre;
pues demás de que es cumplir
las órdenes de tu Padre,
no desdice del intento
de persuadirte y rogarte
con los partidos de paz,
el que te ponga delante,
de tu Real Progenie ilustre
todas las antigüedades.
Pues si los ejemplos son
los que mejor persüaden,
¿cuáles mejores que aquéllos
que no en el volumen frágil
del papel imprime tinta,
sino los que en el diamante
de su valor, reconoces
que grabó tu propia Sangre?
Del gran Patriarca Noé
los descendientes, que antes
ocuparon breves sitios,
llegando a multiplicarse,
por ensanchar sus dominios
poblaron aquellas partes
de las provincias de Escandia,
donde los rayos solares
tan oblicuamente hieren,

tan escasa lumbre esparcen,
que, sincopada la luz,
aun ya muere cuando nace.
Poblaron a la Süecia,
Norvegia y Gotia; y en partes
dividida ésta, llamaron
a los que más Orientales
estaban, los *Ostrogodos*;
y para diferenciarse,
los que al Occidente estaban,
aunque todo era un linaje,
se llamaron *Visigodos*.
Y porque adviertas cuán grande
inconveniente es, de un Reino,
el de las parcialidades,
esta leve diferencia
ocasionó separarse
en dos distintas Coronas,
y que Reyes aclamasen
de dos diversas familias:
que en regias antigüedades,
aunque la serie se ve,
el principio no se sabe,
si no es, que los Ostrogodos
un Príncipe de la sangre
de los Ámalos hacían,
a quien rendir vasallaje,
y los Visigodos otro
del regio, claro linaje
de los Baltos, apellido
que desde su origen trae
sobrescrito su valor,
pues en su antiguo lenguaje
significaba *Atrevido*.
No sé qué mayor realce,
qué alcornia más congrüente,
ni qué nombre más loable
puedan tener nuestros Reyes
entre sus timbres reales,
que el sobrenombre de Baltos:
que a las generosidades
de un León Español, conviene
el que *Atrevido* se llame.
Pero volviendo al intento,
digo que a multiplicarse
llegaron de modo, que

siéndoles los Patrios Lares
a la muchedumbre estrechos,
y mucho más al coraje
que ya buscaba impaciente
pretextos de dilatarse,
determinaron salir
a Provincias más capaces,
donde creciese el Imperio
y el dominio se ensanchase,
bien como el rayo oprimido,
que impaciente de la cárcel,
rasgando el seno a la nube
es escándalo del aire.
Sintieron de su valor
las nocivas vecindades,
Vandalia y después la Escitia,
como las más confinantes;
Ilírico y Macedonia,
Tracia y diversos lugares
de Asia, después; y temiendo
aún los Monarcas más grandes,
más que al número, al valor,
se guardaron de incitarle:
pues el grande Macedón
nunca quiso aventurarse
con ellos; el rey de Epiro,
Pirro, sus fogosidades
llegó a temer; Julio César
tuvo por cuerdo dictamen
el no irritarlos; Augusto
solicitó por süaves
medios, con el parentesco,
que su quietud no turbasen.
Salieron, en fin, de Gotia,
como suelen los enjambres
de solícitas abejas
a ocupar prados y valles:
entraron por el Imperio,
donde, por largas edades,
en una prolija guerra
se mantuvieron constantes,
regidos de Atanarico;
y él muerto, los capitanes
eligieron a Alarico,
aquel que supo triunfante
sujetar la Ciudad que era

la Reina de las ciudades.
A éste sucedió Ataúlfo,
que por llegar a casarse
con Gala Placidia, hija
de Teodosio, hizo las paces
con Honorio Emperador,
cediéndole de su parte,
por vía de donación,
las provincias y lugares
que en Italia poseía;
y el Emperador, con darle
las de la Galia y España,
le pagó: con que los Alpes
pasó animoso Ataúlfo,
primer Rey que a coronarse
de los Godos en España
llegó, dando a la más grande
Monarquía que el Sol mira,
principio con sus afanes,
no habiendo faltado el Cetro
en Príncipes de su sangre
hasta ahora que (heredando
sus espíritus marciales)
han dádole a su dominio
por término los dos Mares.
El décimo-sexto Rey
es Leovigildo, tu Padre;
y desde que de la Gotia
salieron a hacer examen
de su valor, y tocaron
los términos Imperiales,
dejando la idolatría
de sus bárbaros altares,
de los Arriános dogmas
admitieron las verdades,
que en fe de serlo, del Cielo,
con evidentes señales,
impetraron los auxilios,
consiguieron las piedades.
A este fin solo, he querido
¡oh, Señor! representarte
de tus Regios Ascendientes
los triunfos inmemoriales.
Si de la secta Arriána,
siempre firmes y constantes,
ellos nunca se apartaron,

¿por qué quieres tú apartarte?
Si el seguir a los Mayores
siempre es la más importante
máxima de los gobiernos,
¿por qué vas por otra parte?
Si ves que por testimonio
de cuánto al Cielo le agrade
la Ley Arriana, da
por premio de sus secuaces,
triumfos, cetros y coronas,
y al Católico arrogante,
que la contradice, da
muerte por castigo, y cárcel,
¿por qué tú quieres, Señor,
seguir a estos miserables
en el castigo, si puedes
en la gloria, a los triunfantes?
La razón de estado fue
de tus Mayores más grave,
mantener a los vasallos
en la Religión iguales.
Y ya que en aqueste punto
quieras seguir tu dictamen,
¿qué razón honesta puedes
hallar para rebelarte
contra aquél de quien el ser
y la fortuna heredaste?
¿No ves que esas armas mismas,
que enseñas a desleales,
después ejercitarán
esa doctrina en tu sangre?
El Francés, que tus designios
fomenta, sólo lo hace
porque de nuestras rüinas
su fortuna se levante.
Del poco seguro Griego
esas tropas auxiliares
esperarán la ocasión
de que de entrambos se gasten
en civil guerra las fuerzas,
por triunfar de entrambas partes.
Si impaciente de la vida
del Rey, por apresurarte,
quieres quitarle el Laurel
y del Cetro despojarle,
poco podrá ya durar,

y más en tales pesares;
y entre tanto, la edad misma
te irá entregando las llaves
del manejo y del gobierno.
Considéralo bien antes,
y no destruyas tú mismo
el Reino que es bien ampares,
ni en la fama de tu gloria
pongas mancha tan notable,
como que a tu Padre mismo
la vida y Reino quitaste.
¡Vuelve en tu acuerdo, Señor!
Si quieres reconciliarte
con tu Padre, ya te espera
con sus brazos paternos
desarmados; pero si
obstinado los armas,
volverá en ira el amor
y en castigo las piedades.
No quieras dar ocasión
a que una guerra se trabé
tan afrentosa, que no
será menos lamentable
al vencedor que al vencido;
pues el que victoria aclame,
será con llanto de haber
vertido su propia sangre.

HERMENEGILDO

Con la ternura de oír
los cariños de mi Padre,
el corazón en el pecho
tan apresurado late,
tan congojado se oprime,
que no me da, a que desate
la voz, lugar: pues si voy
a articularla, asomarse
quiere él primero a los ojos;
y así, será bien, por darle
lugar a su desahogo,
que la respuesta dilate.
Embajador: en materia
que incluye punto tan grave
como el de la Religión
y la causa común, antes
de hacer la resolución,

será bien aconsejarme
con mi Consejo de Guerra
y Estado, y los principales
Cabos, porque como son
conveniencias generales
de la Religión, no es bien
que por mi propio dictamen
lo atropelle yo: que a ser
intereses temporales,
como tú juzgas, no sólo
cedieran mis humildades
a mi Padre lo que es suyo;
mas si yo pudiera darle,
para ensanchar su Corona,
dominio en las cuatro partes
del Orbe, se las rindiera;
mas llegando a penetrarse
con punto de Religión,
no es de mi arbitrio, pues parte
es Dios en ella; y así,
vete hasta que yo te llame,
y con la resolución
que saliere, te despache,
que breve se concluirá.

GESERICO

Beso tus plantas Reales.

(Vase)

HERMENEGILDO

A la misma duda vuelvo:
que, entre mi Ley y mi Padre,
de cada parte se oponen
montes de dificultades.
¡Válgame el Cielo! ¿Qué haré?
Mas mi Esposa viene. Calle
mi voz; pues al ver sus ojos,
no hay tormento que no pause.

ESCENA V

(Sale INGUNDA.)

INGUNDA

¡Caro Esposo!

HERMENEGILDO

Ingunda bella,
de cuyos ojos el Sol,
mendigando su arrebol,
apenas es una Estrella,
¿qué quieres?

INGUNDA

Una querella
tiene mi amor contra ti.

HERMENEGILDO

¿Tú, Esposa, queja de mí?
De mi ignorancia será,
que mi amor nunca podrá
darte ocasión.

INGUNDA

Pues si oí
yo, detrás de aquel cancel,
hablar al Embajador,
que entre caricia y rigor
de Leovigildo crüel,
te acusaba de infiel,
y ya amigo, ya enemigo,
te representa el castigo,
¿teniendo tú tal pesar,
no me tengo de quejar
que disimules conmigo?

HERMENEGILDO

No fue querer ocultarte
el pesar que me enajena,
sino suspender la pena
con la gloria de mirarte;
que puesto que eres tan parte
en mi daño y mi provecho,
pecara contra el derecho
de la natural razón,
si encubriera el corazón
a quien es dueño del pecho.
Si sabes que le he debido
a tu instancia, y al cuidado

del Hispalense Prelado,
el hallarme convertido
(pues, de entrambos reducido,
la Verdad llegué a abrazar
y el error a detestar,
que hiciste que se destruya,
que como el alma era tuya
la quisiste mejorar),
¿cómo encubrirte pudiera
el pensamiento menor,
si de obligación y amor
ligado estoy, de manera
que ninguna cosa hubiera
que te pudiera ocultar,
si no es que el temer te dar
pena, a callar me obligara,
y el pesar no te fiara
por el miedo del pesar?

INGUNDA

Antes, fuera mal mirado,
pues en los dos dividido,
halla, estando repartido,
el bien de comunicado.
Mas, esto dejando a un lado,
¿qué le intentas responder
a tu Padre?

HERMENEGILDO

Hasta saber
lo que Leandro ha ajustado
(que Embajador he enviado
a Tiberio), mal podré
saber qué responderé.

ESCENA VI

(Sale un Criado.)

CRIADO

El Arzobispo ha llegado.

HERMENEGILDO

Entre en buen hora, que ya
deseaba mi cariño

más su vista que el despacho
de Tiberio.

(Sale San Leandro.)

LEANDRO
Hermenegildo
invicto, dáme los pies.

HERMENEGILDO
Los brazos, amado Tío,
impacientes esperaban
vuestra dilación.

LEANDRO
Preciso
fue el tardarme. Vos, Señora,
dadme los pies.

INGUNDA
Yo, divino
Leandro, estoy a los vuestros;
porque la virtud que admiro,
demás de la dignidad,
en vos, hace que rendido
os venere mi respeto.

LEANDRO
Bien esa humildad indicio
es, Señora, de la vuestra;
y bien menester ha sido
que os dotase de ella el Cielo,
pues --ejemplar de martirios--
os faltan por pasar muchos,
sin los que habéis padecido.

HERMENEGILDO

(Aparte)

(¡Ay de mí, que como son
sus palabras vaticinios
de Dios, temo que a mi Esposa
amenaza algún peligro!)

INGUNDA

Padre, si han de ser por Dios,
el ánimo prevenido
en defensa de la Fe
tengo al fuego y al cuchillo.

LEANDRO

Otro será el que traspase
vuestro corazón invicto.
Mas escuchad mi embajada
y empezad a preveniros.
Después que di tu embajada,
generoso Hermenegildo,
al Emperador Tiberio,
aunque escuchó agradecido
a tu celo, el que defiendas
la Ley Cristiana, indeciso
estuvo, no en cuanto a darte
de sus armas el auxilio,
pues luego las despachó,
sino en cuanto a los partidos
que por su seguridad
le ofrecí, en que detenido,
como me ves, he tardado;
pues después de otros designios,
me propuso (para aquí
fue, Señora, el preveniros
de paciencia y de valor),
que puesto que a beneficio
tuyo se mueven sus armas,
para que lo prometido
por mí quede con firmeza,
en rehenes de cumplirlo,
a su General entregues
(que ya antes que yo ha venido)
a Ingunda, tu Esposa bella,
y a Teodorico, tu Hijo.

HERMENEGILDO

Padre (¡ay de mí, desdichado!),
¿qué dices? ¿Qué es lo que he oído?
¿Yo he de entregar a mi Esposa?
Primero seré yo mismo
el que se entregue a la muerte.

INGUNDA

¿Qué es esto, dueño querido?

¿Así un ánimo Real
se vence de los peligros?
¿Qué haces por Dios, si no vences
por Él tu mayor cariño?
Si así lo dispone Dios,
¿por qué tú has de resistirlo?
¡Dichosa yo, que padezco,
por tan superior motivo!

HERMENEGILDO

Y desdichado de mí,
que el corazón sacrífico
en mi Hijo y en mi Esposa;
pues porque no quede alivio,
una mitad lleva Ingunda
y otra mitad Teodorico.
¡Ay, hermosa prenda cara!
¡Y cuán caro le ha salido
a tu inocente belleza
el desposarse conmigo!
¡Oh, quién me dijera, cuando
con aparato festivo,
Sigisberto Rey, tu padre,
recibiéndome por hijo,
te remitió de Lorena
a España, que tu destino
te traía, no a vivir,
como pensó mi cariño,
en la soberana pompa
de su Trono esclarecido,
sino a pasar de Gosvinda
el prolongado martirio,
por no asentir tu constancia
sus Heréticos designios!
Y cuando pensé (¡ay de mí!)
que ya, con haber venido
a Sevilla, se acababa
cautiverio tan esquivo,
hallo que darte en rehenes
le es a mi dolor preciso.
¡Ay, infelice de mí!

LEANDRO

El constante, Hermenegildo,
en defensa de la Fe,
aun los lícitos cariños,

aun los más justos afectos
debe posponer por Cristo.
Por aquesto, en Su Evangelio,
nos está diciendo Él mismo
que el que no a su madre y padre
y aun su vida ha aborrecido
cuando le importa a Su amor,
no es Su discípulo digno.
Eleva el dolor, si no
puedes dejar de sentirlo,
para que tu llanto sea
ofrenda y no desperdicio.
Ya tú has dejado a tus padres
por Su amor; pues obra, fino,
otro más costoso examen
en tu mujer y en tu hijo,
que aún no se lo has dado todo
a Dios, pues aún quedas vivo.

HERMENEGILDO

Ejemplar de los Prelados,
que prudente has corregido
la liviandad de mi afecto:
bien has dicho, bien has dicho,
que todo ha de atropellarse.
¡Todo es de Dios, nada es mío!
¡Cúmplase Su voluntad!

INGUNDA

(Mi Esposo está enternecido.)
Vamos, Señor.

(Éntranse INGUNDA y HERMENEGILDO, [éste] con un lienzo en los ojos.)

LEANDRO

¡Qué constancia,
Señor, en Hermenegildo,
tan admirable habéis puesto,
que en el más arduo conflicto,
a esfuerzos de resignado
subió a vencerse a sí mismo!
¡Perfeccionad Vos la obra
con Vuestro amor infinito,
para que el fin de su vida
no desdiga del principio!

(Vase SAN LEANDRO.)

CUADRO SEGUNDO

ESCENA VII

(Salen LEOVIGILDO y la FANTASÍA; y él, como que la sigue.)

LEOVIGILDO

Sombra, ilusión, fantasma, ¡di quién eres!
¿Qué buscas o qué quieres?
Y si quieres o buscas, ¿por qué, cuando
yo te quiero escuchar, te vas volando?
Si te sigo, me dejas;
si te huyo, me sigues;
si te busco, te alejas;
si te quiero dejar, tú me persigues.
¿Qué vuelo es ese tuyo, que me espanta,
que en velocidad tanta
te vas sin apartarte,
y te quedas conmigo sin quedarte?
Pues cuando yo en tu alcance me abalanzo,
te miro y no te alcanzo;
y si por cierto juzgo tu retiro,
te tengo y no te miro.
¿Quién eres, sombra fría?

FANTASÍA

La imagen de tu propia Fantasía,
que en ella impresa estoy tan vivamente,
que parezco aparente
cuerpo, que de aire forma vapor craso,
pues la imaginación suele hacer caso;
y más ahora, con la conveniencia
que a alegóricos entes da licencia,
sin violar a la Historia su pureza,
pues no añade ni quita a su entereza
el que, suspenso en tu melancolía,
a ti te hable tu propia Fantasía.

LEOVIGILDO

Pues ya que hablarme intentas,
¿qué me quieres?

FANTASÍA

Que vengues las afrentas
que de tu Imperio y Casa, por tu ruina,
hacerte tu Hijo mismo determina
con mudar Religión. Y porque veas
cuánto bien te ha venido
de la secta Arriana que has seguido,
en que el cuidado religioso empleas,
vuelve ahora los ojos
de la imaginación, a los despojos
que le dio a tu Prosapia soberana,
por premio, la Arriana
Religión que han constantes abrazado,
sobre quien el Imperio han fabricado.
Ella es la que sustenta como basa
el Edificio Regio de tu Casa,
desde que, como vínculo el más rico
de Valente, entregada fue a Alarico.
Pero porque lo veas
no sólo en las fantásticas ideas
de la imaginación, sino patente,
al aire sombrearé lo transparente,
porque en visible objeto mires toda
la serie Regia de la gloria Goda.
¿Qué ves en aquel Trono?

LEOVIGILDO

Una belleza
que de laurel corona la cabeza,
y de acero lustroso
viste y adorna a un tiempo el pecho hermoso,
con un Cetro en la mano,
indicio de dominio soberano,
y en otra una Corona
que con una celada se eslabona:
con que siendo Corona la celada,
también el Cetro es Cetro y es Espada;
y a su diestra, la Fama,
que a su atención a todo el Orbe llama,
y en un aparador, que tiene a un lado,
regiamente adornado,
guarda Coronas sacras, Cetros reales,
vestido de Laureles Imperiales;
con que, si tanto triunfo no me engaña,
es la triunfante España.

FANTASÍA

Muy bien lo has discurrido.
Mas ¿quién mejor que tú lo ha conocido?
Pero escucha, que ya la Fama canta.

LEOVIGILDO

Escaso viene el viento a su garganta.

ESCENA VIII

*(Descúbrese un trono, y en él ESPAÑA armada, con
cetro y manto imperial, como se ha dicho; a un lado la
FAMA, y a otro un aparador rico con coronas y cetros;
y canta la FAMA:)*

FAMA

Oigan el eco horrísono
de mis acentos bélicos,
desde el confín Antártico,
hasta su opuesto término.
¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!
De España glorias ínclitas
oiga el Planeta Delfico,
de sus dominios árbitro
y de sus luces émulo.
¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!
Hoy, roto el servil vínculo,
sacude el yugo pésimo
que impusieron los Bárbaros
a los confines Béticos.
¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!
Y al Godo admite armígero,
y a su valor, por débito,
rinde obediencias fáciles,
da adoración por réditos.
¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

ESPAÑA

Ya que del pesado yugo
de tanto bárbaro Imperio
quiere el Cielo que redima
el valiente altivo cuello;
y que ya, reproducido
aquel natural derecho

de mi libertad, yo pueda
a mi arbitrio elegir dueño
que mantenga mi Corona,
con los concertados fueros
de la Justicia y la Paz,
sólo pudiera el esfuerzo
del Godo, de mi elección
gozar el consentimiento;
para lo cual, espontáneos
los Españoles quisieron
que yo llamase de Italia
a Ataúlfo, cuyo aliento
extendiera mi Corona
y gobernara mi Cetro;
con que pasando los Alpes
viene. Pero ya el estruendo
me dice que ya ha llegado.

(Dentro:)

¡Viva el gran Monarca nuestro!

ESCENA IX

(Sale ATAÚLFO, y dale ESPAÑA Corona y Cetro, y pasa; y así van marchando todos.)

1. ATAÚLFO

Ya, fértil España, vine,
correspondiendo a tu ruego.

ESPAÑA

Toma, primer Rey de España,
la Corona, cuyo cerco,
en venideras edades,
comprenderá el Universo.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Pasa, y sale SIGERICO.>

2. SIGERICO

Yo me bañaré en su sangre
por suceder en su Cetro.

ESPAÑA

Toma; y pues has de dejarle
tan presto, tómale presto.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale VALIA.)

3. VALIA

Yo, Valia, de Sigerico
en el trono me presento.

ESPAÑA

Toma; que lo que a él de daño,
te será a ti de provecho.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale TEODOREDO.)

4. TEODOREDO

A que lo coronas, sale
impaciente Teodoredito.

ESPAÑA

Toma, vencedor de Atila,
pues aún has de triunfar muerto.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale TURISMUNDO.)

5. TURISMUNDO

Yo, Turismundo, a mi Padre
en el dominio sucedo.

ESPAÑA

Toma, aunque de tus victorias
nacerá tu fin sangriento.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale TEODORICO.)

6. TEODORICO

Yo, Teodorico, busqué
en su sangre mis aumentos.

ESPAÑA

Toma, que tú con la tuya
has de lavar ese yerro.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale EURICO.)

7. EURICO

Sí, pues a manos de Eurico,
su hermano, tendrá el fin mismo.

ESPAÑA

Toma el Cetro que ha de echar
de España el Romano Imperio.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale ALARICO.)

8. ALARICO

Yo, Alarico, de mi Padre
soy el feliz heredero.

ESPAÑA

Ten, porque hagas de Teodosio
obedecer los decretos.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale GESALEICO.)

9. GESALEICO

Yo, aunque con la tiranía,
me ceñiré el Laurel Regio.

ESPAÑA

El que piensas que es Corona
será dogal a tu cuello.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale AMALARICO.)

10. AMALARICO

Amalarico soy yo,
de la Fortuna trofeo.

ESPAÑA

Toma, que a no ser casado,
trunfaras de ella y del tiempo.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale TEUDIS.)

11. TEUDIS

Yo Teudis, que de ser Ayo,
pasé a ser Señor supremo.

ESPAÑA

A no fiarte de locos,
hubieras sido más cuerdo.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale TEUDISELO.)

12. TEUDISELO

Por sucesor Teudis deja
a mí, que soy Teudiselo.

ESPAÑA

Porque tenga la torpeza,
con su muerte el escarmiento.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale AGILA.)

13. AGILA

Yo, Agila, por mi valor
y virtud, entro en el Reino.

ESPAÑA

No serás tan feliz Rey
como fuiste Caballero.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Vase, y sale ATANAGILDO.)

14. ATANAGILDO

Sabrá hacer Atanagildo
la tiranía derecho.

ESPAÑA

Para ver desdichas tales,
más te valiera no serlo.

FAMA

¡Óiganlo! ¡Atiéndanlo!

(Pasan todos, y ciérrase el carro.)

ESCENA X

LEOVIGILDO

Dí: ¿a qué fin me has mostrado, Fantasía,
toda la serie de esta Monarquía?

FANTASÍA

Sólo a fin de que entiendas
que de la Religión han sido prendas
estas glorias que has visto, estas Coronas
que ahora con la tuya tú eslabonas,
y que (como con ella han dilatado
tanto ínclito Pasado
tuyo, las glorias de su descendencia
por tantos siglos) clara consecuencia
es que, del mismo modo,
cuando ella falte, ha de faltarte todo.

(Vase.)

LEOVIGILDO

¡Espera! ¿Dónde vas?... ¡Válgame el Cielo!

¿Qué es esto? ¿Sueño o velo?

¡Oh, qué viva aprensión me ha arrebatado
y tras sí toda el alma me ha llevado!

¡Qué de siglos he visto! ¡Qué de edades
por mí han pasado en este rato breve!

¡Qué de Coronas vi! ¡Qué antigüedades
que ya redujo el tiempo a polvo leve!

Jurara que las vía y las oía:

tal la viveza es de mi Fantasía.

Y es que, como me aflijo

tanto de que mi Hijo

tirano, despreciando la Arriana

Ley, se haya convertido a la Cristiana

(de Leandro, inducido, y de su Esposa

que me lo han pervertido), no reposa

mi corazón, y siempre pensativo,

mil temores avivo

de que ha de ser incendio de mi Casa

la que en Hermenegildo empieza brasa;

pues si a tantas Coronas que han pasado,

sólo la Religión ha conservado,

si ella falta, ¿quién duda falte toda

la Estirpe Real de la familia Goda?

Mas puede ser que se haya enternecido

con mi embajada, y se haya reducido

a lo que le está bien. ¡Oh, el Cielo quiera

que yo lo llegue a ver antes que muera!

ESCENA XI

(Sale GESERICO.)

LEOVIGILDO

Mas, ¿quién aquí se ha entrado?

GESERICO

Yo soy, Señor, que como me has mandado

que entrase a cualquiera hora que llegase,

sin que un instante solo me tardase,

acabo de llegar y entré al momento

a besarte los pies.

LEOVIGILDO

¡Oh qué contento
de tu negociación tener espero!
Di presto lo que ha habido.
¿Queda ya Hermenegildo reducido?

GESERICO

No quisiera, Señor, decirlo; pero
tu obediencia me obliga a relatarte
el disgusto que no quisiera darte.

LEOVIGILDO

¿Pues qué mayor disgusto puedes darme,
que decir que hay disgusto de contarme?
Pues quien oye una pena claramente,
aunque sienta, es sola una la que siente;
mas quien confusa la noticia tiene,
a padecer más viene,
pues vagando dudoso el pensamiento
en cuanto puede ser de sentimiento,
siente todas las penas que imagina,
y mientras cuál será no determina,
neutral e indiferente,
la pena que es, y las que no son, siente.

GESERICO

Pues, Señor, ya con eso...

ESCENA XII

(Salen la APOSTASÍA y RECAREDO.)

APOSTASÍA

Habiendo oído,
Señor, que Geserico es ya venido
con respuesta que da tanto cuidado
(y más a mí, que principal Prelado
de la Ley Arriana soy, de modo
que se reduce a mí su culto todo,
pues a mi autoridad subordinados
están de suerte todos los Prelados,
que en el grande respeto
parezco más abstracto que concreto),

a saber he venido,
Señor, si algún consuelo te ha traído.

RECAREDO

Y yo también, que el más interesado
me juzgo, en que la paz se haya ajustado.

LEOVIGILDO

Venís a muy buen tiempo, pues con eso
sabremos todos juntos el suceso.

GESERICO

Llegué, Señor, a la Ciudad famosa
que el Betis vano de sus ondas baña,
si árbitro no, atalaya valerosa,
que no menos que al mar, a la campaña
perspicaz mira, manda imperiosa,
en el terreno más feliz de España,
pues Amaltea el cuerno en él vacía,
para fertilizar a Andalucía;
a la que de edificios adornada,
no menos que de frutos abundante,
igual deudora a labradora azada
que al urbano nivel, quedó elegante:
pues si éste con la fábrica elevada
le ayuda, aquélla con su afán constante,
a los ojos dejando persuadidos
que aun son sus edificios producidos.
Llegué, en fin, a Sevilla, que su nombre
solo la explica; y con la autorizada
comisión de mi oficio, di en tu nombre
al Rey Hermenegildo la embajada.
Sin olvidar lo Rey, mostró ser hombre
la ternura, que tarde reportada
del alma, cuanto más se reprimía,
manifestaba aquello que escondía.
Oyóme afable, sin dejar lo entero.
Respondió humilde, sin dejar lo grave,
que deudor se conoce y heredero
de cuanto en la fortuna y sangre cabe,
tuyo; mas que el del Alma es otro fuero,
que gobierna suprema, aunque süave
causa, que es sólo Dios; y que la palma
del Alma, ha de rendirse a Quien dio el Alma.
Y de Leandro, en fin, solicitado,
no menos que de Ingunda persuadido,

por el Cristiano bando declarado,
no admite de las paces el partido;
pues dice que quedar desamparado
el séquito, no es bien, que lo ha seguido.
Éstas son, pues decírtelas me ordenas,
en breve relación tus largas penas.

LEOVIGILDO

Mejor dirás, las iras que ha infundido
en mi pecho el suceso que te he oído.
¡Oh Hijo rebelde! ¡Oh víbora, que ingrata,
a quien le ha dado el ser, tirana mata!
No en vano prevenía
tu dureza mi triste fantasía...
¿Qué haré, Padre?

APOSTASÍA

Señor, ¿ya qué remedios
te puedo aconsejar, cuando los medios
que tu clemencia ha usado,
todos los ha tu Hijo despreciado,
sino que (pues no vale la blandura)
del poder se aproveche tu cordura?
Juntas están las armas de tu Imperio.
¡Venga con ellas tanto vituperio!
Haz, Señor, que con ellas te respete,
pues sin ellas no esperas ya que acepte
ningún partido su arrogancia necia.
Témate Rey, quien Padre te desprecia;
que sin armas, en estas ocasiones,
van sin autoridad las persuaciones.

LEOVIGILDO

Bien dices: ¡hacer guerra sólo puedo!
¡Prevéngase la gente, Recaredo!
Ese remedio escojo.
Quien despreció mi amor, logre mi enojo.

RECAREDO

¡Oh Cielos, quién pudiera
embarazar resolución tan fiera,
como que, al trance duro e inhumano
de una batalla, al Padre o al Hermano
haya yo de perder! Señor, advierte,
antes de resolverte
con mi Hermano a tan grande rompimiento,

que en él causa osadía el ardimiento
juvenil y la falta de experiencia,
y que estar de tu parte la prudencia
es justo que te cuadre,
por la razón de Rey y la de Padre.
Otros medios habrá sin la violencia.
¡Ostenta, por ahora, la clemencia!
Primogénito es tuyo y tu Heredero:
¡no tiñas en su sangre el blanco acero!
¿Qué logra tu poder, cuando destruya
la misma imagen tuya?
¿Qué gloria en la victoria te atribuyes,
si te destruyes cuando lo destruyes?
Demás de que no tengo pensamiento
de que esté tan seguro el vencimiento;
pues ya muchas Ciudades declaradas
están por él, y a su defensa armadas,
y todos los Católicos, hallando
en él Caudillo, seguirán su bando.
Tiberio ya sus tropas le ha enviado
y en que él venza, empeñado
de su propio interés, es fuerza hallarse,
por si puede de España apoderarse
con pretexto de auxilio a Hermenegildo,
como hizo Justiniano a Atanagildo.
Bien ves que yo pudiera
ser quien la guerra más te persuadiera,
pues muriendo mi Hermano,
viera el Cetro en mi mano;
pero no quieras tú que yo, ambicioso,
rompa el lazo amoroso
de mi sangre. ¡Depón tú la venganza,
pues de reinar depongo la esperanza!

APOSTASÍA

¿Pues qué ha de hacer el Rey, si lo provoca
arrogancia tan loca?
¿Ha de estar aguardando a que, tirano,
venga a quitarle el Cetro de la mano?
¿No es mejor que la guerra se prosiga
sin esperar que la empezada liga
de Católicos cobre mayor fuerza
con el Romano auxilio?
Que para deshacerla, yo un Concilio
juntaré, en que, aunque fuerza
de mis Arrianos dogmas los sentidos,

dejaré algunos puntos decididos,
en que parezca que nos conformamos
con ellos y que todos profesamos
una Ley; y con esto se consigue
que el bando que lo sigue
por razón de Católico, engañado,
creyendo que acabado
está el disturbio de las Religiones,
seguirá de tu Padre los pendones.

LEOVIGILDO

Bien lo dispones. ¡Vamos, que con eso
se previene más próspero suceso!

APOSTASÍA

¡Vamos, Señor, y doma al obstinado
que contra tu poder se ha rebelado!

RECAREDO

¡Cielos, sedme testigos, que violento
voy a asistir a trance tan sangriento!

(Vanse.)

CUADRO TERCERO

ESCENA XIII

(Salen las cuatro VIRTUDES, con una corona [de laurel], asidas de ella todas.)

JUSTICIA

¡Suelta la Corona, Paz!

PAZ

¡Justicia, suelta el Laurel!

MISERICORDIA

¡A mí sólo es a quien toca!

VERDAD

¡Mía solamente es!

JUSTICIA

Pues soy quien ha conseguido...

PAZ

Pues soy quien llegó a tener...

JUSTICIA

más derecho...

PAZ

más acción...

LAS CUATRO

para poderla obtener.

JUSTICIA

Si no la queréis dejar,
con este acero sabré
cobrarla, pues es Justicia
mi derecho defender.

VERDAD

Y yo, para que la cobres,
a tu lado me pondré,
pues la Verdad y Justicia
una misma cosa es.

PAZ

Yo, aunque las armas no esgrima,
sabré sin ellas vencer,
pues tal vez consigue más
el sufrir, que acometer.

MISERICORDIA

Yo te ayudaré, pues siempre
la Misericordia es quien
vence perdonando, porque
tiene por triunfo el ceder.

JUSTICIA

Luego, si cedéis las dos,
nuestra la Corona es.

PAZ

No es vuestra, aunque la tengáis
mientras no la merecéis.

JUSTICIA

¿Qué no merecer? Pues ¿puedo,
siendo Justicia, tener
el Laurel injustamente?

VERDAD

Ni yo consentir podré,
siendo Verdad, que le falte
a la Verdad.

PAZ

Ahí veréis
que hago bien en no lidiar:
porque (siendo, como es,
la Justicia la Virtud
que siempre da, recto juez,
a cada uno lo que es suyo,
y tú la que más fiel
conoces lo que es Verdad),
en llegando a conocer
tú que la victoria es mía,
no me podrá retener
el premio, contra el derecho
que induce su propio ser;
y si ella me lo ha de dar,
¿para qué me he de poner
yo en cuestiones sobre aquello
que sin ella he de tener?

VERDAD

Claro está que nuestra lid
es tan cortesana, que
no es el ser vencido en ella
menos gloria que el vencer:
pues siendo todas Virtudes,
tan hermanadas se ven
nuestras acciones, que cuando
alguna llega a exceder,
la victoria es suya; mas
la gloria, de todas es.
Pero en cuanto al ejercicio,
no me podrás negar que
han sido en Hermenegildo
la Verdad, por esta vez,
y Justicia, las que más
llegan a resplandecer;

pues la Paz abandonando,
en defensa de la Fe,
con su mismo Padre rompe.

ESCENA XIV

(Sale la FE, en lo alto.)

FE

Eso diré yo más bien:
pues ya sitiada Sevilla
por Leovigildo crüel
está, y dentro Hermenegildo
defendiéndose; y aunque
es su causa la más justa,
es inferior el poder
de sus armas, pues sitiado
se mira en tanta estrechez,
que secretamente intenta
retirarse a Oset, porque
siempre se le mostró afecto.
Mas desde aquí podéis ver
cómo se retira.

(Sale HERMENEGILDO, y SOLDADOS.)

HERMENEGILDO

Amigos,
cuando de Dios el poder
no defiende la Ciudad,
en vano se cansa quien
en su guarda se desvela.
No quiero ver padecer
por mi causa tanta gente.
Si yo soy sólo por quien
dura asedio tan penoso,
con retirarme daré
a su remedio lugar;
pues dentro de Oset podré
asegurar mi persona.

SOLDADO 1

Pues vamos aprisa, que
temo que las centinelas
aviso a tu Padre den,

Señor, de que te retiras.

(Vanse.)

PAZ

Justicia, ya tú lo ves
cómo no intenta reñir.

JUSTICIA

Eso es a más no poder.

PAZ

¿Pues no pudiera salir
a la campaña, y hacer
el que es asedio, batalla?

JUSTICIA

No, porque conoce que es
más el poder de su Padre.

FE

Hasta el fin no disputéis
a cuál ejercita más,
pues hasta ahora a exceder
ninguna llega a las otras.

PAZ

¿Pues qué podemos hacer?

FE

Asistirle, hasta que, al fin,
a quien merezca el Laurel
se lo dé yo, de mi mano.

TODAS

¡Vamos a asistirle, pues!

ESCENA XV

(Vanse; y salen LEOVIGILDO y la APOSTASÍA, SOLDADOS y RECAREDO.)

LEOVIGILDO

Pegadle fuego al lugar,
porque al rigor del incendio
perezca mi ingrato Hijo,

que rebelde a mis preceptos,
más que Padre compasivo
me eligió enemigo fiero.
Arda el lugar que lo ampara;
y si pensó del asedio
librarse en la retirada,
experimente más riesgo.
No perdonaréis a alguno;
y el que escapare del fuego,
encuentre el mismo peligro
en los filos del acero.

APOSTASÍA

¡Eso sí, Señor augusto:
aborte rayos tu pecho!
¡El que te ha ofendido, muera!

LEOVIGILDO

Acomete, Recaredo,
el lugar por esa parte,
mientras yo estotra acometo.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

(Éntranse, y queda RECAREDO.)

RECAREDO

¡Ah, Cielos, qué mal aliento
contra mi sangre la espada!
Mas, ya puesto en el empeño,
¿qué puedo hacer, ¡ay de mí!,
que hoy Padre o Hermano pierdo?
¡Ea, soldados, al arma!
Y pues antes que el acero,
están lidiando las llamas,
seguro está el vencimiento.
¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

ESCENA XVI

(Éntrase; y sale HERMENEGILDO, retirándose, cubierto de sangre y polvo.)

HERMENEGILDO

¡Socorro, piadoso Cielo,
en tan deshecha fortuna,

que entre la sangre e incendio,
como en contrarios peligros,
ya me abraso, ya me anego,
pues lidiando entre sí mismos,
por ver cuál es más violento,
consume el fuego a la sangre
y la sangre apaga al fuego!
¡Señor! Si Vos lo queréis,
no es la muerte lo que temo,
sino que mi Padre sea
de ella ejecutor sangriento.
¿Qué haré para no encontrarlo,
y encontrar en otro acero
la muerte, antes que en el suyo?
Mas al amparo del Templo
es mejor que me retire.

(Va a entrar, y encuentra a RECAREDO que sale.)

RECAREDO

¡Al arma! Pero ¿qué veo?
Aquéste es Hermenegildo.
El corazón en el pecho,
entre el gozo de mirarle
y el pesar de verle en riesgo,
no sabe a cuál inclinarse.

HERMENEGILDO

¡Cielos! Éste es Recaredo,
mi hermano, y ya de su vista,
aunque lo intente, no puedo
retirarme.

RECAREDO

¡Hermenegildo,
hermano, pierde el recelo!
Llega a mis brazos, que aunque
contra ti esgrimo el acero
por obedecer al Rey,
es con acto tan violento,
que si contra ti lo saco,
lo vuelvo contra mi pecho.
¡Llega a mis brazos!

HERMENEGILDO

¡Oh, hermano,

ya los peligros no siento,
ni de mi Padre el rigor,
pues tal amor te merezco!

(Dentro:)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

HERMENEGILDO

Mas, pues nos precisa el riesgo,
dáme lugar de ocultarme.

RECAREDO

¿Dónde o cómo, si el estruendo
llega aquí de los soldados,
y te han visto algunos de ellos
que lo avisarán al Rey?
Toma, Hermano, mi consejo,
que no como interesado
en que tú pierdas el Cetro,
ni como parte del Rey,
sino como verdadero
hermano, y participante
en el común sentimiento,
te le doy, y reducirte
hoy a su obediencia intento.
Pues si de ella te apartó
de la Religión el celo,
para moverle la guerra
no fue bastante pretexto:
pues la diversidad sola
de ella (cuando no hay exceso
de tiranía) no basta
a dar razón ni derecho
a los rebeldes, y bien
sabes que mi Padre en eso
no ha puesto violencia, pues
ha permitido en sus Reinos
libre el uso de la tuya;
y si tú lo irritas, temo
que antes con eso la dañas,
pues lo haces romper el sello
a perseguirla, y mejor
les estará a tus intentos
dísimular, hasta que
goces el Solio Supremo:

que entonces, ya apoderado,
podrás mejor, con tu ejemplo,
reducir a los demás.
Nuestro Padre, aunque severo
se muestra, es tu Padre al fin;
y si tu propio respeto
le tiene armados los brazos,
su amor se los tiene abiertos,
como de Padre; y en fin,
ya para llegar a ellos
no hay en ti, Hermano, elección:
pues en lance tan extremo,
cuando el amor no te traiga,
será la llama o el hierro.
Ven conmigo y no le temas,
que yo libraré prometo
de sus iras, procurando
que te conserve su afecto,
como antes, en los Estados;
pues siendo tú su Heredero,
será, si a ti te los quita,
quitárselos a sí mismo.

HERMENEGILDO

Porque veas que a tu gusto
más que a mi dictamen cedo,
voy; no porque de mi Padre
alguna clemencia espero.

ESCENA XVII

(Vanse; y salen LEOVIGILDO, la APOSTASÍA y SOLDADOS.)

LEOVIGILDO

Registrad todas las casas,
sin reservar ni aun el centro,
hasta hallar a Hermenegildo.

APOSTASÍA

Sí, Señor, pues vivo o muerto,
importará asegurarte
y no quedar con recelo
de tan sangriento enemigo.

LEOVIGILDO

Registrad todos los Templos,
por ver si en ellos se oculta.

(*Salen* RECAREDO y HERMENEGILDO.)

RECAREDO

No hay para qué, pues ya puesto
está a tus pies el que buscas.

LEOVIGILDO

¿Qué miro?

HERMENEGILDO

Señor: a ellos,
como siempre, está mi vida;
porque como son mi centro,
aunque el temor me apartara,
me redujera el afecto.
Tuyo es mi ser, y mi vida:
obra en ella como dueño.

LEOVIGILDO

¡Hijo! Mas ¿qué es lo que digo?
¡Oh amor paternal, qué imperio
es el tuyo! Hermenegildo:
para ver si de tus yerros
tiene constancia la enmienda,
hacer la experiencia quiero,
que me excuse lo piadoso
o disculpe lo severo.
¡Hola! ¿Qué digo? ¡Soldados,
llevadlo a una torre preso,
mientras dispongo otra cosa!

RECAREDO

Señor, que mires, te ruego,
que vino con el seguro
de tu piedad.

HERMENEGILDO

(¡Ya yo veo,
que esto es lo que quiere Dios!
Nada replicar intento.)

LEOVIGILDO

Yo no quebranto el seguro,

pues a nada lo condeno
por ahora, sino que
quiero asegurar con esto
la enmienda que me propones,
pues allí veré si es cierto
que se reduce.

APOSTASÍA

Bien haces;
pues quizás el tratamiento
conseguirá, con rigor,
lo que no ha podido el ruego.
¡Ordena que lo aprisionen!

LEOVIGILDO

¿Oís? Las manos al cuello
con una fuerte cadena
le ligad. Quizá con eso
lo reduciré a mi gusto.

HERMENEGILDO

(¡Señor, si Vos fuisteis preso
por mí, ya yo voy, por Vos,
glorioso con Vuestro ejemplo!)

RECAREDO

¡Ay, que yo fui de tu mal,
sin querer, el instrumento!
Pero espero que el rigor
del Rey se pasará presto,
y te volveré a su gracia.

HERMENEGILDO

La de Dios es la que aprecio.
¡Hágase Su voluntad!

APOSTASÍA

(Con esto rendir espero
su constancia.)

LEOVIGILDO

(¡Amor, perdona
si, por logarte, te ofendo!)

(*Vanse* HERMENEGILDO, RECAREDO y SOLDADOS.)

ESCENA XVIII

LEOVIGILDO [*a la Apostasía*]

Ya, Padre, que a Hermenegildo,
como has visto, tengo preso,
y que tú de la Arriana
Religión, que yo profeso,
como principal Prelado
eres el mayor maestro,
tanto que se encierra en ti
toda la Ley que venero:
dí, ¿qué consejo me das
de reducirlo? ¿Qué medios
podrán ser más eficaces
para lograr mis intentos?
No ignoras las conveniencias
que en reducirlo intereso.
Pues demás de ser mi Hijo,
a quien, como al mayor, tengo
mayor afecto, no ignoras
que habiendo sido este Reino
siempre electivo, porque
según los Góticos fueros
no se consiente la herencia:
y es que, como en los primeros
andaba vago el dominio,
siendo Espada más que Cetro,
sin tener Imperio fijo,
fue conveniente a aquel tiempo
la elección y no la herencia;
porque el curso de sucesos
marciales, lugar no daba
a esperar del Heredero
buenas o malas costumbres;
ni a temer del nacimiento
la contingencia, y también
estar expuestos al yerro
que suele Naturaleza
cometer, puesto que vemos
que no siempre, como debe,
de buenos produce buenos
Por esto, vuelvo a decir,
les convino en aquel tiempo
la elección y no la herencia;
y de ella tan satisfechos

han estado, que (sin ver
que siendo ya fijo Imperio
el de los Godos, bien puede
conservarse sin recelos),
no obstante, hacen elección,
tanto que el Décimo-sexto
Rey soy yo. Y considerando
que ya no es dictamen cuerdo
observarla, pues lo mismo
que aprovechó en aquel tiempo
de adelantar las conquistas,
es pernicioso en el nuestro,
donde se ha ensanchado tanto
el Dominio, que el gobierno
no debe estar a adquirir,
como a conservar, atento;
y, para esto, menos daño
hará uno que hereda inepto,
que no exponerse a sufrir
los daños de un interregno
(pues mientras los Electores
discordan en el sujeto,
faltando Cabeza que
mantenga leyes y fueros,
crecen los vicios, y paga
el daño el común sosiego):
movido de estas razones,
y también (yo lo confieso)
con deseo que mi Línea
mantuviese el Laurel Regio,
quise establecer la herencia.
Y para que el vulgo ciego
no se inquietase (porque,
para alborotarse un Reino,
se recibe por delito,
más que lo malo, lo nuevo),
quise valerme del arte,
nombrando por compañero
en el Reino a Hermenegildo
y a su hermano Recaredo,
con sus insignias Reales
de que fui inventor yo mesmo;
porque, muerto yo y quedando
en su poder el gobierno,
fuese su elección precisa,
siguiendo en esto el ejemplo

con que los Emperadores,
poco a poco, establecieron
que se hiciese sucesión,
siendo electivo el Imperio.
Estas razones de estado
y estos motivos de afecto,
se frustran si Hermenegildo
en su dictamen protervo
persiste. Ahora, tú mira,
como docto y como cuerdo,
qué medio hay de persuadirlo,
pues ves cuánto importa el medio.

APOSTASÍA

Señor, cuando no tuvieran
tus motivos tanto peso,
la razón de darte gusto
sola me moviera a hacerlo.
Demás de que debo yo
solicitar, por mí mismo,
el triunfar de Hermenegildo;
pues si a mi Ley represento,
fuerza es quedar desairado
si su constancia no venzo.
Y así, Señor, me parece
que el más acertado medio
es que yo a la prisión vaya,
adonde con argumentos
lo intentaré reducir;
y tomando por pretexto
el que el tiempo nos ofrece,
puesto que es la Pascua, quiero
ver si quiere, de mi mano,
recibir el Sacramento
de la Comunión: pues si
se rinde a venir en ello,
podrás volverlo a tu gracia;
y si resiste soberbio
a tu mandato, no tienes
que esperar otro remedio
para poder reducirlo.

LEOVIGILDO

Bien dices. Parte al momento,
y díle de parte mía
que es el examen postrero

éste que hace mi piedad;
y así, que resuelva, presto
o a darte a ti la obediencia,
o a dar a un verdugo el cuello.

APOSTASÍA

Lo último ejecutaré,
si no elige lo primero.

LEOVIGILDO

Orden llevas para todo.

APOSTASÍA

Tú verás que te obedezco.

(Vanse.)

CUADRO CUARTO

ESCENA XIX

(Sale HERMENEGILDO, con cadenas (que se descubrirá en un Carro.)

HERMENEGILDO

¡Prisión apetecida,
adonde las cadenas,
aunque parecen penas,
son glorias de una vida
que, haciendo dicha de las aflicciones,
regula por joyeles las prisiones!
¡Qué consuelo en ti tengo,
mirándome de todo despojado,
pues desembarazado,
a estar más apto vengo
para poder alzar osado el vuelo,
con menos peso, de la tierra al Cielo!
Saco es el que ayer era
Púrpura soberana;
y la mano, que ufana
Cetro empuñó, severa
muestra, al cuello ligada, cuán instable

es la gloria del mundo miserable.
Ayer me obedecía,
en cuanto el Betis baña,
parte mejor de España,
fértil la Andalucía;
hoy a un Alcaide bajo estoy postrado:
porque no hay, en lo humano, firme estado.
Ayer, de Ingunda bella,
mi dulce, amada Esposa,
en la unión amorosa,
era feliz al vella
con el fruto de entrambos deseado,
que en destino nació tan desdichado.
Todo esto, que me acuerda
mi triste pensamiento,
ya no es en mí tormento;
pues que todo se pierda
por Vos, no es pena: ¡antes feliz he sido
en haberlo, por Vos, todo perdido!
Vos mismo me lo disteis;
Vos me lo habéis quitado.
¡Sed por siempre alabado,
pues en mí hacer quisisteis
que tantos bienes juntos poseyese,
para que qué dejar por Vos tuviese!
La Fe que adoro, sola
es la herencia que estimo.
De nada me lastimo,
pues ella se acrisola.
¡Piérdase en hora buena el Laurel Godo,
que con tener mi Fe, lo tengo todo!

ESCENA XX

(Sale la APOSTASÍA.)

APOSTASÍA

¡Hermenegildo!

HERMENEGILDO

¿Quién eres?

APOSTASÍA

Yo, que a consolarte vengo
en tu prisión.

HERMENEGILDO

Pues yo en ella
ningún desconsuelo tengo.
Mas, porque no te parezca
que (con tu piedad grosero)
no te estimo la intención,
ya que no sirva el efecto,
di, ¿qué consuelo me traes?

APOSTASÍA

Que el Rey tu Padre, a mis ruegos,
quiere darte libertad.

HERMENEGILDO

¿Pues tanto es tu valimiento,
que has podido conseguirlo?

APOSTASÍA

Sí, porque soy en su pecho
quien más poder tiene, y quien
gobierna sus pensamientos.

HERMENEGILDO

¿Pues quién eres?

APOSTASÍA

El Prelado
mayor del Gótico Imperio;
tanto que yo, por mí solo,
toda la Ley represento.

ESCENA XXI

(Sale la FE, cantando.)

FE

¡Cuidado, Hermenegildo;
atiende, escucha atento,
que en traje de vianda
se disfraza el veneno!
¡Atiende, escucha, oye
mis interiores ecos!
Y vosotras, Virtudes,
en el mayor aprieto
venid a confortarlo,

que ya es último el riesgo.
¡Atiende, escucha, oye
mis interiores ecos!

ESCENA XXII

(Salen las VIRTUDES, como antes.)

VERDAD

Yo salgo a ver si soy
quien el Laurel merezco.

JUSTICIA

Yo, pronta a recibirlo,
tanto como a cederlo.

PAZ

Yo, a gloriarme si es mío,
o a celebrarlo ajeno.

MISERICORDIA

Yo, a tenerlo por propio
cuando lo viere vuestro.

FE

Pues tú, Verdad, alumbra
hoy más su entendimiento.
Y tú, Justicia, anima
su generoso aliento.
Misericordia, tú
eleva sus afectos.
Y tú sosiega, Paz,
todos sus pensamientos.

TODAS

¡Sí haremos, pues a todas
toca su vencimiento!

FE

Pues yo, que más que todas
a su lado estar debo,
con interiores luces
alumbrarlo pretendo.
¡Cuidado, Hermenegildo;
atiende, escucha atento,

que en traje de vianda
se disfraza el veneno!

(Canta:)

¡Atiende, escucha, oye
mis interiores ecos!

ESCENA XXIII

APOSTASÍA

Yo no arguyo, Hermenegildo,
ahora puntos diversos,
en que tus dogmas y míos
difieren en los Misterios,
como aquel de si es el Hijo
igual a Su Padre Eterno,
que ése es punto muy distante.
Solamente a lo que vengo
es a que, pues convenimos
ambos en que el Sacramento
de la Eucaristía es
de Cristo la Sangre y Cuerpo
que se nos da en Comunión,
y estamos de Pascua en tiempo,
la recibas de mi mano,
pues sólo por este medio
a la gracia de tu Padre
reconciliarte prometo.

FE

(Canta:)

¡Atiende, escucha, oye
mis interiores ecos!

HERMENEGILDO

Víbora ingrata, que rompes
de la Iglesia el blando seno,
lastimando con tus dogmas
todo su Místico Cuerpo:
tampoco yo responderte
quiero a todos los Misterios,
sino sólo al que propones

y yo recibir no quiero
de ti, pues no puede ser
verdadero Sacramento.

APOSTASÍA

¿Cómo no? Díme: ¿no soy
Cristiano?

HERMENEGILDO

Yo te confieso
que es Cristiano el bautizado,
y ahora no te argumento
en si es el tuyo Bautismo,
que fuera gastar el tiempo
inútil, pues sólo vienes
a argüirme del Misterio;
y así, por ahora, que eres
bautizado te confieso.

APOSTASÍA

Pues si bautizado soy
y creo los Evangelios,
y este Misterio (que tanta
dificultad tiene) creo,
¿por qué de mi mano tú
no lo recibes, supuesto
que el mismo que tú veneras
es también el que venero?
Y aunque yo, como tú dices,
Hereje fuese, no puedo
quitar por mi indignidad
su virtud al Sacramento.

HERMENEGILDO

Verdad es el que tú no
se la quitaras, a serlo;
pero aquése no lo es,
y esto es lo que yo te niego.

APOSTASÍA

Pues si yo lo consagré,
guardando aquel orden mesmo
de palabras con que Cristo
convirtió el pan en Su Cuerpo,
y la intención conformando,

¿qué falta?

HERMENEGILDO

Que para hacerlo
no tienes autoridad,
pues eres un mero lego
sin Orden Sacerdotal
que da aquel poder supremo
para poder consagrar.

APOSTASÍA

Sacerdote soy y tengo
las Órdenes que me bastan.

HERMENEGILDO

No las tienes tal, supuesto
que es un poder derivado
de Cristo a Pedro, y de Pedro
a todos sus Sucesores;
y tú, rebelde al imperio
de sus Soberanas Llaves,
eres traidor comunero;
y aunque hagas las ceremonias,
si no tienes el derecho
de legítimo Ministro,
no consagras.

APOSTASÍA

Ya no puedo
tolerar, Hermenegildo,
tu proceder desatento.
¡Mira que si no comulgas,
orden de tu Padre tengo
para quitarte la vida!

HERMENEGILDO

¡Yo en sacrificio la ofrezco,
y defensa de la Fe
de este Sagrado Misterio!

APOSTASÍA

¡Hola, pues él lo ha elegido,
soldados, cortadle el cuello!

HERMENEGILDO

¡Cortad, pues por la defensa

del Sacramento os lo entrego!

CUADRO QUINTO

ESCENA XXIV

(Hace [el Verdugo] que le da una herida, y ciérrase el Carro. Y ábrese el segundo [Carro], en que está un altar con Hostia y Cáliz; y abajo, dos Coros de MÚSICA, y la FE y demás VIRTUDES, cantando las Endechas siguientes:)

FE

Pues murió, Hermenegildo,
y en el Solio Supremo,
al Laurel Inmortal
trocó el caduco Cetro,

MÚSICA

¡llore, llore la Tierra,
y cante, cante el Cielo!

FE

Y este Laurel, vosotras
recibid; pues a un tiempo
es de cualquiera, todo,
divisamente entero.

TODAS

Mejor es que tú, Fe,
te lo ciñas; supuesto
que, con que triunfes tú,
las demás triunfaremos.

VERDAD

Y pues Hermenegildo,
de virtudes ejemplo,
nos hizo a todas una,
¡como una nos portemos!
Y puesto que en su muerte
se llegó el feliz tiempo
en que Misericordia
y yo nos encontremos,
la Paz y la Justicia

aquel místico beso
se den, que signifique
nuestro vínculo eterno.

FE

Y pues Hermenegildo,
con Católico celo,
murió por la especial
Fe de aqueste Misterio,

PAZ

den a su Descendencia,
por timbre más supremo,
vinculado en su Sangre,
este especial afecto.

MISERICORDIA

¡Gócese alegre España,
y sus Reyes excelsos,
que en la Sangre de un Mártir
la Púrpura tiñeron.

JUSTICIA

Éste, de su Corona
es el rubí sangriento,
que esmalta a rojos visos
el oro de su cerco.

PAZ

Y aladas Jerarquías
a venerar el Cuerpo
del Mártir, y a adorar
tan alto Sacramento,
de las Esferas bajen,
todos diciendo
que éste es el Mártir solo
del Sacramento.

(Repiten los COROS:)

¡Que éste es el Mártir solo
del Sacramento!
¡Llore, llore la Tierra,
y cante, cante el Cielo,
que éste es el Mártir solo
del Sacramento!

